

Vicente Parrini Ortiz

Biografía de mi Trompo

Me llamo José, pero me dicen «Pepe-flauta», porque tengo la costumbre de silbar al ir a mi escuela, al almacén de la esquina o cuando salgo a jugar a la calle.

Yo les digo que no tengo la culpa de tener un canarito encerrado en la jaula de mi garganta y que el pajarito tenga el pecho lleno de música. La gente se ríe con mi respuesta porque la encuentran ingeniosa y terminan diciéndome:

—«Este «Pepe-flauta» es un picaruelo y llegará a ser un gran músico cuando sea un hombre grande».

Yo no entiendo bien lo que me quieren decir, es cierto, pero me río también con ellos.

* * *

Pero... ¡casi se me olvida! no es de mí de quien quiero hablar hoy día. Es de mi Trompo, mi compañero de juegos. No se rían. ¿Es que un trompo no puede tener también una vida novedosa? Para mí, es una gran injusticia que no conozcan la biografía de Trompo. Luego van a comprender por qué digo ésto y, estoy seguro, me encontrarán razón.

Trompo es un personaje interesante, por eso escribo su nombre así, con T mayúscula. Yo lo llamo cariñosamente «Ca-

chetón», Y nos queremos de veras como buenos amigos que somos.

Si me preguntaran cómo es su figura, yo tendría que decirles que Trompo es muy simpático: tiene una cabeza grandota, una cara redonda con unos ojos también redondos; sobre la boca una nariz chica y respingada. Un sombrerito estrafalario no alcanza a cubrir su par de orejas raras, como las de un ratón. Sobre su pecho, los colores de un pequeño arco-iris dan a su persona un aspecto fino y arrogante.

Así es Trompo. Les gusta, verdad? Yo quiero enseñarles a quererlo tanto como yo lo quiero.

Yo me entretengo mucho conversando con él cuando lo invito a jugar al patio de mi casa. No se extrañen, Trompo también habla en un lenguaje especial que sólo entienden los niños juguetones como yo. Dice cosas tan curiosas que no resisto las ganas de contárselas ahora.

Cierta tarde le dije:

—Mira Trompo, cuéntame dónde naciste y quiénes son tus padres.

Me miró con sus ojos vivarachos, llenos de sorpresa. Luego, mientras terminaba de limpiarse su único zapato de metal, me dijo:

—Como eres un niño inteligente tienes que ser curioso. Has de saber «Pepe-flauta», que nací en la casa de un humilde carpintero, mi cuna fué un lindo torno. Mi padre se llamaba Serrucho, mi madre Madera, Las manos de Lija me cuidaron y me educaron. Pero fué Soguilla, mi amiga y novia, la que me enseñó a ser bailarín.

—¿No tienes otros parientes, Trompo?

—Sí, tengo una hermanita menor, que baila sin Soguilla y que se llama Perinola.

—¿Y también tienes padrinos como yo?

—Es claro, «Pepe-flauta»: mi padrino se llama Suelo, en cuya casa bailo cuanto tú lo deseas, mi madrina es la Mano que me hace bailar. ¿Qué te parece?

—Nunca se me habría ocurrido que mi mano fuese tu madrina ¡Ja, ja! Eres muy curioso «Cachetón».

—¿Es que no sabes también que eres mi señor y dueño y que si me cuidas, yo te debo obediencia y debo bailar cuando tu lo desees?

—Sí, Trompo.. Yo te cuido y te quiero como un gran amigo.

En ese instante Trompo hizo lucir más orgulloso que nunca el pequeño arco-iris que rodeaba su pecho.

* * *

Mi buena madre había salido de compras. Mis hermanitas, Tina y Rebeca, se entretenían mirando a la gata «Lulú» que con harta ternura, daba de mamar a media docena de hermosos gatitos que habían nacido hacía poquitos días.

Tenía ganas de jugar y nada mejor que ir a buscar a Trompo. ¡Vaya mi sorpresa! Estaban discutiendo con Soguilla, su amiga y novia, como él la llamaba siempre.

—En el baile de ayer tarde me apretaste demasiado las costillas —decía Trompo.

—Déjate de dimes y diretes—respondió Soguilla—si te aprieto es porque quiero tenerte al ladito de mi corazón, para que puedas bailar mejor al ritmo de su música.

Trompo se quedó un momento pensativo y luego dijo:

—Te encuentro razón, mi buena novia. Es que amanecí un poco apenado. Ayer, no me defendió, «Pepe-flauta», cuando otros trompos mayores que yo, me dieron de puntapié hiriéndome la cabeza.

—Cuidado, que ahí viene nuestro dueño—dijo en seguida Soguilla.

—Para eso lo digo, para que él lo escuche y aprenda así a cuidarme.

Cuando me acerqué a ellos dejaron de hablar. En verdad me hizo mucha gracia lo que había oído.

Cogí a Trompo y a Soguilla y lo hice a él bailar. Andaba con deseos de entretenerme. Lo lancé al aire haciendo acrobacias y lo recibí sobre la palma de mi mano, donde bailaba y bailaba con los ojos cerrados, como durmiendo, hasta desmayarse en la pequeña pista de la mano que él llamaba Madrina.

Lo que más me gustaba era cuando iba a terminar de bailar. Yo movía la mano, nerviosamente, haciéndola girar para que siguiera bailando. Trompo se tambaleaba tratando de no perder el equilibrio y resultaba cómico, verlo moverse saltando en la punta de su pie, hasta que caía tumbándose, como un elefantito mareado.

Trompo tiene fama de ser un buen bailarín. En mi barrio no hay quien lo gane en resistencia para bailar o para hacer saltar lejos la hormilla.

Ayer hicimos con varios compañeros un círculo en el suelo. Cada uno hacía bailar su Trompo dentro de él. El juego consistía en hacer salir los trompos del redondel.

¡Pobre «Cachetón»! Recibió tantos golpes en la cabeza y en todo el cuerpo, que saltaba endiablado haciendo pequeños hoyitos en el suelo.

—Está «cucarro» tu «Cachetón»—gritaban mis compañeros.

—Arréglale la púa, para que no zapatee, el «chúcaro»—dijo otro, mientras le hacía saltar una astilla a un trompito que se había atrevido a ponerse a bailar en la mitad del redondel.

El juego estaba en lo mejor. Llegaron más chiquillos con sus trompos.

—Ya pues, «Pepe-flauta», no acobardes, juega no más, echa tu campeón—me gritaban algunos, picándome el amor propio.

Yo me lucía de lo lindo con Trompo.

Veo bailando en el redondel, un trompo enorme, más gran-

de que todos, lanzo a «Cachetón» con toda fuerza y le saco al grandote varias astillas, que saltaron disparadas por el aire.

Sigue la atracción del combate callejero. Trompo está ahora bailando medio a medio del redondel. Alcanzo a ver la cara del dueño del trompo grandote, que lo lanza furioso, sobre «Cachetón», dándole un terrible golpe que lo parte en dos.

—¡Ja, ja! le llegó al campeón—le gritaron en coro los chiquillos.

—Llévatelo al cementerio ahora—dijo otro con burla.

* * *

¡Cuánto sufrí! Aún ahora, al recordarlo, me da harta pena.

Trompo, mi inolvidable «Cachetón», cayó para siempre sobre el redondel, como un torito orgulloso, heroicamente.

Partía el corazón, ver a Soguilla, la buena y dulce novia, llorar amargamente.

¡Pobre Trompo! He querido contarles su biografía, su pasión y su muerte, para que ustedes lo recuerden como yo, siempre con cariño.

Días después, pregunté a Soguilla si le traía otro novio. Me dijo que no con la cabeza.

—¿Y entonces que harás? le dije.

—Llorar, llorar—respondió emocionada—hasta que las lágrimas me hagan morir y pueda seguir bailando con Trompo, en el redondel que hay en el corazón de la tierra.